

Solemnidad. La Asunción de la Virgen María

P. Félix Jiménez Tutor, escolapio

Escritura:

Apocalipsis 11,19;12,1-6.10; 1 Corintios 15,20-26; Lucas 1, 39-56

EVANGELIO

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: -Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

María dijo: -Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios , mi salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es Santo.

Y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes, y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia –como lo había prometido a nuestros padres-, en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa.

HOMILÍA

Javier estaba un día platicando con su cuñado Rafael y de pronto le hizo una confesión sorprendente. Ambos estaban casados con dos hermanas gemelas y aunque la esposa de Rafael deseaba desesperadamente tener un hijo, ésta después de diez años de matrimonio no había concebido.

Javier le dijo a su cuñado que su esposa se había ofrecido a tener un hijo para dárselo a su hermana. El hijo nació, la madre lo acarició y se lo entregó a su hermana.

Y ésta agradecida comentó: "Ni en sueños podría imaginar que alguien se sacrificara así para hacerme feliz".

Meses más tarde, un periódico publicaba la noticia con este titular: "Un regalo de amor que no tiene precio. Hermana da su baby a hermana sin hijos".

La Palabra de Dios nos recuerda a todos nosotros que hace dos mil años Dios nos hizo un regalo de amor que no tiene precio. Dios, a través de una mujer llamada María, entregó a su hijo Jesús al mundo entero.

Un hijo que se sacrificó para hacerle feliz. Un hijo que hace posible la resurrección. Un hijo que vence a sus enemigos, incluida la muerte.

Un hijo "nacido de mujer" y del Espíritu para que tú nazcas cada día a lo nuevo.

Un hijo en el que puede contemplar la sonrisa de su Padre y ver el rostro glorioso de Dios.

Y oír una voz del cielo que dice: "Ahora se ha hecho presente la salvación y el poder y el reino de Dios y la autoridad de su ungido".

Regalo de Dios, sí, pero gracias a la fe de María que acogió la Palabra de Dios para entregarla al mundo hecha carne, hecha Jesús.

Regalo de Dios, sí, pero gracias a la humilde esclava del Señor:

Lo divino se hace presente en lo humano.

Lo eterno se hace tiempo.

La salvación destruye la maldición.

La luz ilumina la tiniebla.

La vida triunfa sobre la muerte.

María no es Dios, pero

¿qué ser humano ha sido más amado por Dios?

¿qué ser humano ha sido más fiel a Dios?

¿qué ser humano ha sido elegido para ser la madre de Dios?

¿qué ser humano ha tenido una relación tan íntima con Dios?

¿qué ser humano ha cantado mejor la grandeza del Señor?

Hoy, honramos a este ser humano, muy humano, muy como nosotros y la llamamos bienaventurada porque el poderoso ha hecho grandes cosas en María y por María.

La muerte es el momento en que el ser humano entra en su casa de la eternidad.

La fiesta de la Asunción nos recuerda que María entró en la casa de la eternidad en cuerpo y alma.

María fue recibida en la presencia de Dios con su cuerpo intacto, entero, hermoso. Esta fue la voluntad de Dios, el milagro de Dios, el poder de Dios para con su sierva, su esclava, su madre.

¿Y nosotros qué?

Pablo nos da la respuesta: "Así como todos morimos en Adán"...

Primero Cristo resucitado, el primer y mejor fruto y después todos los que son de Cristo. Y Pablo añade "pero cada uno en el orden que le corresponde".

¿Será Pedro, el que lo negó?

¿Será Pablo, el que lo persiguió?

¿Serán los apóstoles que lo abandonaron?

¿Seremos nosotros los que hemos manchado nuestro cuerpo tantas veces?

¿Será María, la mujer del sí grande a Dios?

No importa el orden. Importa ser de Cristo para tener vida eterna con él.

Importa servir al Señor con un cuerpo limpio, como María, y con un espíritu firme como María.

Importa, día tras día, proclamar la grandeza de nuestro Dios, proclamar nuestro personal Magnificat.

Padre Félix Jiménez Tutor, Sch.P